

respuestas! ¡qué imperio sobre sus pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde está el sabio que sabe obrar, sufrir y morir sin debilidad y sin ostentacion? ¿Dónde Jesus habia tomado entre los suyos esa moral tan elevada y pura de que él solo ha dado las lecciones y el ejemplo? Desde el seno del mas furioso fanatismo se hace oír la mas alta sabiduría, y la sencillez de las virtudes mas heróicas honra al mas vil de todos los pueblos.¹

CAPITULO VIII.

—
Con este signo venceras.

El infierno aplaudia: los ecos de los eternos abismos resonaban con los cantos de victoria. Satanás tenia en fin bajo su poder al enemigo que le habia hecho temblar un momento, y sentia que en lo de adelante no podria escapársele.

Jesus subia con penoso trabajo la montaña del Calvario, que va regando con su sangre; sucumbe bajo la pesada cruz que carga sobre sus espaldas, pero no marchará menos con ayuda del cirineo al lugar de su suplicio. Allí se le despoja de sus vestiduras que se habian pegado á sus llagas; se le clavan los piés y las manos sobre una cruz; se le levanta de la tierra y queda suspendido de sus dolorosas heridas. En torno suyo se agita un populacho ebrio de furor, prodigándole sin piedad todo género de ultrajes y de amargas burlas. “Tú que has salvado á otros, tú que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres dias, sálvate á tí mismo!” “Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz y creémos en tu doctrina.” “Has puesto tu confianza en Dios, pues

¹ “Emilio.”

que él te salve!—“Tengo sed, dijo Jesus, abrasado por la fiebre de una horrible agonía, y un soldado inhumano le presenta al extremo de un palo una esponja empapada en hiel y vinagre. “¡Dios mio! ¡Dios mio! esclama en medio de sus angustias, ¿por qué me habeis abandonado?” Y este grito de extrema aficcion no es acogido sino con una bárbara ironía: “Llama á Elías; esperad; veamos si Elías viene á libertarlo!” Hasta uno de los dos malvados entre quienes estaba crucificado, se creyó con el derecho de colmarlo de injurias. Escuchad, sin embargo, al divino ajusticiado; no salen de su boca sino palabras de misericordia: “Padre mio, perdónales porque no saben lo que hacen.” Y luego volviéndose hácia el ladron arrepentido, añadió: “Os aseguro que hoy estaréis conmigo en el paraiso.” Tres mujeres rodeaban su cruz; una de ellas era su Madre! Jesus olvida sus sufrimientos para no ver sino los de esta Madre desolada. A fin de fortalecer su alma desfallecida: “Mujer, le dice con ternura, indicándole al mas jóven y querido de sus discípulos, hé ahí á tu hijo; y dirigiéndose luego al discípulo, completó su pensamiento diciéndole: Hijo, hé ahí á tu Madre.” Despues de esto, mirando en las profecías, segun la espresion de Bossuet, y considerando que todo estaba cumplido, el Dios-Hombre arrojó un gran grito, diciendo: “*¡Todo está consumado!*—Padre mio, en vuestras manos encomiendo mi espíritu.” É inclinando la cabeza, espiró.

En esos dias, llamados justamente la gran semana, no oimos nunca al sacerdote repetir en el canto de la pasion esta exclamacion de Jesus moribundo, sin que en medio del silencio solemne que sigue á ella, no sintamos un largo estremecimiento recorrer nuestro cuerpo, y un secreto terror apoderarse de nuestra alma. Y tú, ¡oh tierra! ¿por qué tiembles tambien? ¿Por qué, ¡oh sol! te cubres con un crespon sangriento? ¿Velo del templo! ¿qué mano invisible te desgarras? ¿Quién os impulsa, ¡oh muertos! á romper las losas de vuestros sepulcros? Y vosotros, bárbaros verdugos, ¿por qué os

golpeais el pecho y confesais ahora que *Aquel* era verdaderamente *el Hijo de Dios*?

Es que la última hora del viejo mundo ha sonado: el príncipe de este mundo corrompido ha colmado la medida de las iniquidades de que estaba ya lleno: ha vencido demasiado, y ha perdido en su mismo triunfo: va á ser ahora arrojado fuera. Satanás no ha conocido á su víctima, ni qué sangre hacia correr; no ha comprendido que esta sangre divina clamaria al fin venganza, por toda la sangre injustamente derramada; no ha sorprendido el secreto del cielo que le dejaba plantar en el Calvario el *árbol del dolor* para salvar la tierra, como le habia dejado plantar en el paraíso el *árbol del placer* que la habia perdido!

Mas volvamos nuestros ojos hácia el Calvario: la multitud, saciada del espectáculo del suplicio, y espantada del trastorno de la naturaleza, habia abandonado el sitio: tres cadáveres quedan allí suspendidos de sus patíbulos, y en torno de ellos reina el silencio pavoroso de la muerte. En medio de este silencio, una corona y una inscripcion hablan al mundo; proclaman la autoridad de Jesus de Nazareth, que ha sido saludado y consagrado *rey* por sus verdugos. *La cruz es su trono.*

¿Está allí, acaso el famoso potentado que esperaban los judíos? ¿Está allí el poderoso conquistador que debia subyugar la tierra, y atraer á sus piés á todos los reyes vencidos? ¿Está allí, por último, el divino Redentor que el mundo invoca hace mucho tiempo con todos sus votos? . . .

Sin alarmarse de la aparente humillacion del héroe que anunciaba, el profeta-rey cantaba en su alegría: “¿Por qué las naciones se han estremecido? ¿Por qué los pueblos se entregan á vanas maquinaciones? Los reyes de la tierra se han sublevado, los príncipes se coligan contra el Señor y *contra su Cristo*. Aquel que habita en el cielo se reirá de ellos; el Señor burlará sus esfuerzos. Yo, *yo he consagrado á mi rey, le he consagrado sobre Sion* mi montaña santa; yo publicaré el

decreto.”—“En este dia, profetizaba Isaías, el vástago de Jessé será elevado como un estandarte á la vista de los pueblos: todas las naciones se acogerán á él, y su sepulcro será glorioso. Ha muerto en medio de grandes angustias, despues de sufrir un juicio; ha dado su vida para expiar el crimen; pero él tendrá una raza inmortal; y la voluntad del Señor se cumplirá por sus manos; yo le daré en patrimonio un pueblo numeroso, y él mismo distribuirá los despojos de los fuertes.”—Los habitantes de Jerusalem, predecia á su turno Zacarías, mirarán *hácia mí á quien ellos han traspasado*, y llorarán amargamente sobre mí como se llora sobre un hijo único, como se llora sobre un primer nacido.”

Pero si el Santo de Dios debia sufrir la muerte, no debia, para servirme de las palabras de David, resentir los daños de la corrupcion; puesto que, por el contrario, en la noche de la tumba iba á contraer el germen de una vida nueva é inmortal. “Es necesario, decia frecuentemente el mismo Jesucristo á sus discípulos, es necesario que el Hijo del Hombre sufra mucho; que sea rechazado por los senadores, por los príncipes de los sacerdotes y por los doctores de la ley; que sea condenado á muerte y que resucite el tercero dia.”—“Esta nacion pide un signo, decia, hablando en cierta ocasion á los judíos, y no le será dado otro que el del profeta Jonás; porque así como este profeta ha estado tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, así tambien el Hijo del Hombre no estará mas que tres dias y tres noches en el seno de la tierra.—Destruid este templo, añadía mostrando su cuerpo, y yo lo reedificaré en tres dias.”

Los judíos no olvidaron estas predicciones de Jesus, y por lo mismo se reunieron en casa de Pilato, y le dijeron: “Señor, nosotros recordamos que este impostor ha dicho cuando vivia: Yo resucitaré á los tres dias: ordenad, pues, que se custodie el sepulcro hasta el dia tercero.—Vosotros teneis guardias, respondió Pilato; id y haced lo que os parezca.” Fueron ellos, en efecto, al sepulcro; le cerraron bien, pusie-

ron el sello sobre la piedra y colocaron centinelas.—Precauciones inútiles de la prudencia humana para luchar contra el poder de Dios!

En este tiempo dos de los discípulos se dirigían á un lugarcillo llamado Emmaus, y se entretenían en el camino conversando de lo que había pasado en la ciudad. Un viajero desconocido se reunió á ellos y les pregunta: “¿De qué os ocupáis? ¿Por qué os mostráis tan tristes?” Cleofas le respondió: “¿Qué! ¿sois tan extraño en Jerusalem que no sabéis lo que ha pasado allí estos días?” “¿Qué ha pasado, pues?” replicó el viajero. Ellos le refirieron entonces cómo Jesús de Nazareth era un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de su pueblo; la manera con que los príncipes de los sacerdotes y los magistrados lo habían entregado para ser crucificado: “pero nosotros esperamos, añadieron, y con nosotros otros muchos, que él será quien dé la libertad á Israel. Después de todo esto, sin embargo, hémos ya en el tercer día después de que han sucedido todas estas cosas. El viajero les dijo entonces: “Hombres faltos de inteligencia, corazones tardíos en creer lo que los profetas han anunciado! ¿No era preciso que el Cristo sufriese todo esto, y que entrase de este modo en su gloria?” Después, comenzando por Moisés y continuando con todos los profetas, les explicó lo que estaba ya dicho acerca del Mesías Salvador en todas las Escrituras. Hablando así, llegaron al pueblecillo, y los dos discípulos obtuvieron á fuerza de instancias, que el viajero se detuviese y sentase á la mesa con ellos. Habiendo tomado éste el pan, lo bendijo y lo partió dándoselos: al momento quedaron sus ojos abiertos y le reconocieron; pero él desapareció. Admirados entonces se miraron el uno al otro: “No es verdad, dijeron, que sentíamos el corazón abrasado cuando en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras? . . .”

Al comenzar el día en que pasaba este suceso, María Magdalena y la otra María fueron á ver el sepulcro. De repen-

te se sintió un gran temblor de tierra, porque un ángel del Señor descendiendo del cielo, vino á derribar la piedra del sepulcro y se sentó sobre ella. Su semblante era como el relámpago y su vestido parecía deslumbrante nieve. Los guardias sintieron tal terror, que permanecieron lo mismo que muertos. Pero el ángel, hablando á las mujeres, les dijo: “No temáis por vosotras: yo sé que buscáis á Jesús que ha sido crucificado. No está aquí, *porque ha resucitado como lo había dicho*. Venid, ved el lugar en donde se había puesto al Señor.” Al punto estas mujeres salieron del sepulcro poseídas de temor y trasportadas de gozo, corriendo á llevar la noticia á los discípulos. Al mismo tiempo se les presenta Jesús, y acercándose ellas le abrazaron los pies y *le adoraron!*

¡Qué admirable contraste! ¡qué prodigioso cambio! No hace todavía tres días que se le colmaba de ultrajes sobre la cruz en que rendía su último suspiro, y hoy ya se le adora! “La muerte, esclama San Pablo, ha sido absorbida en la victoria! ¡Oh muerte! ¿dónde está tu triunfo? ¡Oh muerte! ¿dónde está tu aguijón?”

No se sabría dar una idea de los trasportes de alegría que animaron á los discípulos á la noticia de la resurrección de su Maestro, ni del regocijo con que los fieles celebraron el dichoso aniversario. Hoy todavía, después de mil ochocientos años, en nuestros siglos de tibieza, hay pocos cristianos que no sientan una grande emoción en la fiesta de las Pascuas. A los acentos de tristeza, á las ceremonias lúgubres, al aparato luctuoso de los días de la pasión, suceden de repente los cantos, los ornamentos de oro, las pompas de la alegría; el *aleluya* resuena, los altares brillan de luces y de vivos colores: la multitud inunda en oleadas los ámbitos de los templos, y las bóvedas sagradas resuenan con los graves sonidos del órgano que acompañan el gozoso *oh Filii et Filice*, y los himnos sencillos de los tiempos antiguos: “Que los cristianos ofrezcan un homenaje de alabanzas á Jesucristo su Cor-